

LA TERTULIA.

SEGUNDA ÉPOCA.

CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

NÚMERO 8.º—15 DE NOVIEMBRE DE 1876.

SUMARIO DEL PRESENTE NÚMERO.

Letras y literatos portugueses, por D. M. Menendez y Pelayo. — *Las Cabezas del Serrallo*, (traducción de Víctor Hugo), por D. Adolfo de la Fuente. — *La pila de agua bendita de la Catedral de Santander*, por el Marqués de Casa-Mena. — *El Averiguador de Cantabria*. — *Sección bibliográfica*.

SANTANDER.

Imprenta de Solís y Gimeno, Arcillero, 1.

1876.

GIMNASIO HIGIENICO.

Arrabal, 1, planta baja, Santander,

Queda abierta la lista de Socios para los que deseen ingresar en este establecimiento, á cuyo frente se encuentra colocado como Director el conocido Profesor D. Fernando Fernandez.

Cuenta esta Sociedad con excelentes elementos para el desarrollo físico en general y de los músculos en particular, habiéndose suprimido en su salon el trapecio, aparato tan seductor como peligroso, para ser ventajosamente sustituido por los aparatos de traccion, la escalera ortopédica, etc., etc., y viniendo á quedar convertida esta Sociedad en un verdadero gimnasio higiénico, en el que nada falta para proporcionar á la juventud de ambos sexos y siempre más ó ménos linfática y atónica de la ciudad, la robustez y fortaleza físicas tan necesarias á los que, por esceso de trabajo intelectual ó por circunstancias especiales que seria prolijo enumerar, viven rodeados de malas condiciones higiénicas.

Horas de los trabajos:

De nueve á doce de la mañana, y de cuatro de la tarde á nueve de la noche.

Para las inscripciones dirigirse al Director, en el local del gimnasio y á las horas de lección.

BOCETOS AL TEMPLO, por D. José M.^a de Pereda.—12 reales.

QUIEN MUCHO ABARCA POCO APRIETA, proverbio en dos actos, por don Tomás Fernandez de Castro.—4 rs.

LA AMARGURA DEL PLACER, drama en tres actos y en verso, original de D. Tomás Fernandez de Castro.—4 rs.

Se venden en la Administracion de este periódico.

LETRAS Y LITERATOS PORTUGUESES. (1)

SR. D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA.

Lisboa 14 de Octubre de 1876.

Mi carísimo amigo: Ello ha de ser, y manos á la obra. Ya que se empeña V. en que le hable de Portugal y de los portugueses, voy á salir bien ó mal del apuro. Dios sabe el placer que tengo siempre en conversar con V. sobre cualquier materia; pero es el caso que al presente no sé por dónde comience, ni encuentro modo de *tomar la embocadura*. Sabe V. que gusto poco de las *impresiones de viaje*, género solo admisible y digno de alabanza cuando lo manejan escritores tan acendrados é inimitables como nuestro *Juan García*. Pero en general tras de espuesto á tropiezos y ligerezas, suele ser este linaje de narraciones una calamidad en manos de la medianía, tendiendo á convertirse ora en registro de prosáicos pormenores, sin olvidar los *de re coquinaria*, ora en leyenda de soñadas aventuras, cuya accion así puede ponerse en París como en la China. Los franceses son dechados en este punto. Mas yo que ni soy *impresionable* ni tropiezo como otros felices mortales con raros acaecimientos al volver de cada esquina ¿qué podré decir que valga la pena de leerse y estamparse acerca de este mi prosáico viaje, enderezado sólo á registrar algunas bibliotecas y leer tal cual libro raro, ó curioso manuscrito? El disertar sobre las bellezas naturales de un país que se recorre en ferro-carril me ha parecido impertinente en todas ocasiones, y mucho más el ponerse á describir trajes y costumbres y caractéres, á semejanza de aquel francés que, sin entrar en el puerto de Barcelona, tuvo la rara dicha, lograda sin duda por arte mágica, de *ver á las señoritas barcelonesas paseando en la Rambla del brazo de sus jóvenes é indulgentes confesores*. Tampoco he de entre-

(1) Este artículo es el primero de una serie con que favorecerá LA TERTULIA durante su viaje por el extranjero, el sábio y diligente escritor D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

tenerme en describir los monumentos de Lisboa, porque nada nuevo me ocurre sobre ellos. Baste decir que los he visto, y que están descritos en muchas *guías del viajero*, con más ó ménos tino y amplitud de detalles. No gusto de repetir cosas sabidas, ni tengo aliento para empeñarme en largas disquisiciones artísticas, ajenas de mis estudios y aficiones. Voy, pues, á hablar de lo único que derechamente me interesa y de que algo puedo decir con conocimiento de causa, esto es, *de re litteraria*.

La literatura portuguesa no es muy conocida en Castilla, (y no digo *España* como muchos por no incurrir en impropiedad notoria) lo cual no es de extrañar porque otro tanto acontece con la catalana. Entre nosotros reina manía grande de citar á franceses, ingleses, y sobre todo *alemanes*, nada de lusitanos ni de lemosines. Lo de casa es siempre lo más desatendido é ignorado. E incluyo en nuestra *casa* á Portugal, porque á despecho de la disgregacion de 1640, continúa siendo tierra española, y obedeciendo conscia ó *inconscientemente* á las leyes de la civilizacion peninsular que no se alteran por intereses estrechos ni artificiales divisiones de territorio. Si llegase á realizarse la union, no debería adoptarse para los pueblos unidos el nombre desusado de *Iberia*, sino el tradicional y venerando de *España*, con que en los dias de Camoens como en el siglo pasado y aun en el presente (Herculano puede atestiguarlo) se ha designado la tierra peninsular. No hay historia de España sin Portugal, no será completa la historia de nuestra literatura que no abrace, como parte integrante, la portuguesa. La diferencia de lenguas no es obstáculo. Si Bernaldim Ribeiro, y Juan de Bárros, y Camoens, y Bocaje, y Francisco Manoel usaron el romance galaico-latino, en lengua catalana escribieron Muntaner, Auxias March, Jordi de S. Jordi, y Martorell; en latin Séneca, Lucano, y Prudencio; en hablas orientales Averroes, Maimónides, Ichudá-Ha-Leví, y Aben-Hezra, y sin embargo, todos pertenecen ó deben pertenecer á la historia de la ciencia y del arte españoles, con igual derecho que Fr. Luis de Granada, Cervantes, Lope de Vega y Quevedo. No basta la lengua para constituir una literatura aparte.

Al decir esto solo entiendo negar la existencia de una literatura portuguesa como distinta de la española, mas no la de una rica y poderosa literatura regional hermana de la castellana y de la lemosina, igual á ellas en ciertos géneros y en alguno superior. Léjos de mí rebajar los merecimientos de una tan importante y activa porcion de la raza hispano-latina.

Portugal poseyó, como el resto de la península, una poe-

sía popular durante la Edad-Media. Almeida Garrett tuvo el primero la intuición de este hecho, y para demostrarle publicó un *Romancero* en tres volúmenes, arreglado y compuesto por él en gran parte con vestigios de la tradición y reminiscencias más ó ménos fieles. Lo que realizó como artista el ilustre autor de *Fr. Luis de Sousa* hálo intentado como erudito el docto profesor Teófilo Braga, ya en su *Historia de la poesía popular*, ya en el *Cancionero y Romancero* que ha colectado, ya en sus *Epopéyas de la raza mozárabe*, título que (entre paréntesis) me parece demasiado atrevido y no bien justificado. Pero ni las hábiles restauraciones de Garrett ni los laboriosos estudios y sagaces indagaciones de Braga han dado por fruto más que una breve floresta de romances, un *romancerillo*, que puede estimarse como suplemento al nuestro, y aún así no llega á la riqueza de las colecciones catalanas de Milá y Fontanals, y de Aguiló. Fuera de esto, la Edad-Media en Portugal no produce ningún poema popular ni artístico; y esas soñadas *epopeyas muzárabes* se reducen, aparte de los romances, á algunos fragmentos de autenticidad muy controvertible. Carecen, por tanto, de fundamento las lamentaciones de Braga y otros sobre la posterior anulacion del *espíritu poético portugués*. El espíritu poético que engendró esos cantos era el mismo que dominaba en la España del centro y en la oriental. Viene en pos de esta primera época la de los *trovadores gallego-portugueses*, imitadores directos de la poesía provenzal. Cual monumentos de esta influencia han quedado el *Cancionero de la biblioteca de Ayuda*, el del rey D. Diniz y el de la biblioteca vaticana, observándose que de todas las colecciones poéticas de este ciclo, la más nacional en el espíritu, ya que no en las formas, es una más gallega que portuguesa y formada por un monarca castellano. Me refiero á las *cántigas* de nuestro sábio rey Alfonso X.

Si hasta ahora no encontramos separacion real y efectiva de la literatura portuguesa, ménos hemos de hallarla en el siglo XV en que la *poesía palaciana* marchó paralela en las tres regiones peninsulares. Es más: en ese período Portugal recibe la acción directa de Castilla, como nosotros habíamos recibido la de Provenza, Cataluña é Italia. Los poetas lusitanos llegaron á emplear nuestra lengua tanto ó más que la suya. Véase en prueba el *Cancionero de García de Resende*.

Tan grande es la hermandad de nuestras letras en los tiempos medios, que aún está por decidir la cuestión de paternidad del *Amadis de Gaula*, padre y dogmatizador de toda la andante caballería. Las mismas condiciones hubo en Portugal que en Castilla para la reproduccion de obra semejan-

te. Si la imaginó Vasco de Sobeira, estudiáronla inmediatamente y la citan con frecuencia nuestros poetas, y cuando la publicó un regidor de Medina del Campo con intercalaciones de su cosecha, leímoslas á una castellanos y portugueses, y nadie se cuidó de su origen ni pensó en dar á la estampa el verdadero ó supuesto original lusitano ni en promover cuestiones de literatura internacional, que entonces no hubieran tenido significacion ni importancia. El libro era *español*, y esto bastaba.

Vino el siglo XVI y Portugal continuó siguiendo el curso de nuestra civilización que era también la suya, y á semejanza nuestra y casi simultáneamente abrazó la escuela italiana ó mas bien *latino-italica* del Renacimiento que allí propagó Sá de Miranda, como lo hicieron entre nosotros Boscán y Garcilasso. Formóse entonces la llamada *escuela de los Quinhentistas* que contó entre sus adeptos al horaciano Ferreira, al bucólico Diego Bernardes, á Pero de Andrade Caminha, á Fr. Agustín de Sta. Cruz y á otros excelentes líricos más señalados á las veces por el primor y pulcritud de las formas que por la novedad ó grandeza del pensamiento. Ninguno de ellos llega á Herrera ni á Fr. Luis de Leon.

Pero sobre estos y los demás poetas peninsulares del siglo XVI levantóse como el águila Luis de Camoens, que con formas italianas y recuerdos clásicos amalgamó un tan sublime amor de patria, una penetración tan honda del espíritu nacional, una tristeza elegiaca tan inmensa y conmovedora, y supo describir por tan alta y desusada manera los triunfos, grandezas y reveses de su pueblo, que con ser *Os Lusíadas* poema erudito y artístico, ha podido decirse de él con fundamento que es *la poesía más nacional de la tierra*. Pero el espíritu de ese poema no es solo *portugués*, es eminentemente *español*, porque tendencia y ley general de la raza ibérica fué en los últimos años del siglo XV el estenderse *por mares antes nunca navegados*, llevando la fé y la civilización á los extremos del orbe. Camoens, como gran poeta *español*, comprendió á maravilla aquel movimiento, y como gran poeta *portugués* acertó sintetizándole en los compañeros de Vasco de Gama, y agrupando en torno de la prodigiosa empresa toda la historia real y leyendaria de la monarquía de Alfonso Henriquez. ¿Pero fundó con esto una literatura ni produjo una desmembración en el sentido estético? De ninguna suerte. Él mismo escribió buena parte de sus poesías líricas en castellano y fué grande imitador de Garcilasso. Sus contemporáneos siguieron en todo la escuela *italico-española* y muchos como Jorje de Montemayor no usaron en *pastorales* y *canciones* otra lengua que la de la España central.

Habíase asociado Portugal á los orígenes de nuestro teatro dándonos á Gil Vicente, apellidado por sus contemporáneos el *Plauto Lusitano*, y muy superior sin duda á Juan de la Enzina y á Lúcas Fernandez, aunque inferior por lo general á Torres Naharro. Gil Vicente, que escribió cerca de la mitad de sus piezas en castellano y algunas de las restantes en entrambas lenguas, no tenía, á pesar de su claro, agudo y satírico ingenio, lozanía de estilo y riqueza de sales, condiciones para fundador de un teatro, ni eran acomodados los tiempos en que vivió para tal empresa. Considéranle los portugueses como padre de su literatura escénica, pero ¿dónde está esa literatura? Algunos *autos* y *farsas*, imitaciones de Gil Vicente, pero muy por bajo de las obras del maestro, dos comedias de Sá de Miranda, dos de Ferreira y tres de Camoens, todas faltas de vida y escritas al modo italiano, la tragedia *Castro* de Ferreira, muy linda y muy clásica pero no representable y de originalidad dudosa, dos ó tres imitaciones de la *Celestina*, hé aquí el teatro en Portugal durante el siglo XVI, segun sus más diligentes investigadores. ¿Y despues? Despues nada, porque en Castilla apareció Lope de Vega y se alzó con el cetro de la monarquía cómica, atrayendo toda admiracion y allanando toda resistencia. La manía de considerar á sus letras como cosa aparte, hace que los portugueses se devanen el seso en la investigacion de las causas de la nulidad de su teatro. No hay teatro portugués, ni castellano, ni catalán, hay un teatro *español*, cifra y compendio de las ideas y sentimientos de toda la raza, como lo es Camoens en la epopeya erudita ó de segunda mano. La gloria de haber dado vida á este teatro pertenece geográficamente á la España central. De ella salieron cinco de los maestros, pero entre los discípulos más aventajados figuraron de igual suerte los valencianos Aguilar, Tárrega y Guillen de Castro, que los portugueses Henriquez Gomez, Matos Fragoso y Mello. Aquel teatro fué comun, porque respondia á lo que pensaban y creían todos.

En otro órden de estudios, el Renacimiento en Portugal habia caminado con iguales pasos que en el resto de España, de igual suerte se habian cultivado las lenguas y literaturas clásicas. A Nebrija secundó Arias Barbosa; al lado de Luis Vives, Sanchez y Sepúlveda, están Damian de Goes, Resende, Aquiles Estazo, y Osorio. Las relaciones entre unos y otros fueron grandes. Nuestra insigne toledana Luisa Sigea sirvió en el palacio de los reyes de Portugal; en aulas lusitanas recibió la primera educacion humanística el Brocense. Coimbra era foco de estudios como Alcalá y Salamanca. No solo humanistas sino filósofos y teólogos dábamos y recibíamos

mútuamente. El granadino Suarez explicó en la *Atenas lusitana* y fundó la célebre escuela filosófica de comentadores *coimbricenses*. Fr. Luis de Granada estableció y reformó en Portugal monasterios de su orden y escribió allí muchos de sus libros místicos, tesoro de doctrina y de lengua castellana, igualmente conocido y disfrutado por todos los hijos de la Península. Por el contrario parece probable que fuese natural ú oriundo de Portugal aquel eminente filósofo *cartesiano antes de Descartes*, Gomez Pereira, por más que propagase su doctrina anti-aristotélica desde Medina del Campo. Estos hechos y cien más de todas clases que pudiera citar, bastan para hacer evidente la comunidad científica y literaria de portugueses y castellanos en aquella edad dorada. Que ellos no se estimaban como pueblo distinto convéncese por la lectura de sus clásicos. El mismo Camoens en los momentos de mayor orgullo provincial, dice que España es la cabeza de Europa y Portugal la cima de la cabeza.

Del breve período de nuestra dominacion en Lusitania, solo diré que en él se signió ciega y esclusivamente por los portugueses nuestro ejemplo, y que se escribió más y mejor en castellano que en portugués hasta por los enemigos de la casa de Austria, como Faria y Sousa y D. Francisco Manuel de Melo, á quien debe nuestra historia clásica su más preciado monumento. Y á propósito de historia, olvidóseme advertir que en el siglo XVI verificóse en Portugal, como entre nosotros, una renovacion de este género en sentido clásico y tendiendo á las formas de Tito Livio que Juan de Barros y otros rejuvenecieron bajo la impresion cercana y poderosa de los grandes descubrimientos.

Con el advenimiento de la dinastía de Braganza nada ganaron en independencia las letras portuguesas. La influencia española, representada entonces por la escuela culterana en su período de mayor delirio, fué universal y prepotente. Escribiéronse infinitos volúmenes de versos líricos y muchos poemas con pretensiones épicas. Algunos son depósitos de las mayores estravagancias. Muy pocos merecen llegar á la posteridad. El prototipo de aquella poesía infeliz está en el *Postillon de Apolo* y en *La Jemirenascida*, vastos almacenes de malos versos.

Llegó el siglo XVIII y con él la reforma literaria hecha con sequedad y espíritu estrecho así en Portugal como en Castilla. A nuestros Luzanes y Montianos responde allí el conde de Ericeira, traductor de Boileau y autor de una enfadosísima *Henriqueida*. Aquí como allí se fundan doctas academias, y en pos de la primera generacion de preceptistas y filólogos vino otra de poetas y críticos de mayor sentimiento estético.

Fueron estos en Castilla Moratin el padre, Cadalso, Iriarte, Fr. Diego Gonzalez, y en Portugal Correa Garçao escelente poeta horaciano, Antonio Diniz, lírico de alto vuelo, estraviado tal vez por el anhelo pindárico y más feliz aún en la poesía festiva que enriqueció con su donoso *Hisopo*; el fácil y sentido egloguista Domingo dos Reis Quita; y alguno más, miembros todos de la primera *Arcadia*, que coincide con el gobierno de Pombál. Este famoso ministro, personaje funesto á pesar de haber reedificado suntuosamente á Lisboa despues del terremoto y promovido otras réformas materiales, propagó en cuanto le fué dable las ideas enciclopedistas implantándolas por el cesarismo de su administracion, y bien claro aparece el influjo de aquella malsana y rastrera escuela en los poetas, escelentes y brillantísimos algunos, de la *segunda Arcadia* que corresponde á nuestras escuelas *salmantina* (Melendez, Cienfuegos, Quintana, etc.) y *sevillana* (Arjona, Reinoso, Blanco, etc.). Entre los *arcades* de la segunda generacion merece el primer lugar, como el segundo despues de Camoens entre los poetas de su patria, por lo que á dotes personales respecta ya que no siempre fueran del todo aprovechadas, el célebre improvisador Bocage, que no por serlo dejó de producir fragmentos admirables y dignos de la posteridad, cuando trabajó con algun cuidado y respeto al arte. En este caso se hallan su idilio de *Triton*, sus cantatas de *Inés de Castro*, *Medea* y *Hero y Leandro*, y algunos retazos de traduccion de Ovidio. Como versificador, Bocage no tiene rival entre sus paisanos; manejó el artificio rítmico como nadie y sus *sonetos* son modelos por la forma ya que no por la sentencia. Malgastó no poco Bocage las fuerzas de su peregrino ingenio en estériles contiendas con sus compañeros de la *Arcadia* lisbonense, en poesías de circunstancias y en desenfadados licenciosos, género de obra cultivado por los poetas lusitanos de aquellos dias. Nuestro repentista solía hacer ostentoso alarde de descreimiento y de cinismo, y una epístola célebre que comienza *Pavorosa illusao da eternidade*, atrájole disgustos y persecuciones en tiempo de Doña María 1.^a

En respetar los fueros de la lengua tampoco fué muy escrupuloso el *arcade* Elmano, cuya viva antítesis en este punto es el nimio y severo purista Francisco Manoel de Nascimento, más conocido por su nombre poético de Filinto Elyro. Este eclesiástico volteriano pasó emigrado en Francia la mayor parte de su vida, y allí publicó hasta once volúmenes de poesías y prosas, originales y traducidas. Hay en su coleccion mucho fárrago; ciertas versiones son harto endebles como *de pane lucrando*, y lo verdaderamente notable y dig-

no de loa pudiera reducirse á dos ó tres tomos de reducido tamaño. Sus odas horacianas son realmente bellísimas, conservan la pureza de la forma latina más que ninguna otra composicion lusitana *portuguesa*, mas no abunda en ellas el sentimiento personal del poeta, ni hay quizá una idea nueva, traslúcese solo el trabajo y el buen gusto del académico, y, buscando una comparacion en nuestro parnaso, diré que se parecen á las primorosas é irrepreensibles poesías sueltas de Moratin el hijo. Yo gusto mucho de las suyas y de las de Filinto; pero no dejo de reconocer que las falta el *quid divinum*, y que de ellas á las obras ideales de la inspiracion hay alguna distancia. Compuso Filinto muchas *epístolas* elegantes é ingeniosas sobre asuntos morales y literarios, género templado en que brillan las dotes de su perspicuo y agudo ingenio, y que no pide entusiasmo grande ni gran calor en el alma. Por lo demás, sus versos (casi siempre sueltos, como de poeta clásico) suelen pecar de duros y escabrosos. De lo más animado y valiente que salió de su pluma son algunos ditirambos.

Así Bocage como Francisco Manoel tuvieron muchos discípulos, y entre los del segundo contóse no ménos que Almeida-Garrett, precisamente el padre del romanticismo entre nuestros vecinos, *el Duque de Rivas portugués*. Modificadas las ideas del autor del *Caton* por su residencia como emigrado en Francia y en Inglaterra, comprendió la necesidad de renovar la literatura de su país, darle un teatro y resucitar la poesía del pueblo si de ella quedaban vestigios. Con su *Romancero* realizó en parte esto último, con *Un auto de Gil Vicente*, Fr. Luis da Sousa y el *Alfageme de Santarém* reanimó con elementos propios la muerta escena lusitana, cuyo imperio se habian disputado en el siglo anterior la *baja comedia* y la *ópera*. Fr. Luis da Sousa es una obra superior, sin ser de primer orden, y anuncia un talento dramático tan rico como delicado. En los restantes ensayos de Garrett valen más los pormenores, las escenas sueltas, que el conjunto. Su poema *Camoens*, tal cual trozo lírico y algunas imitaciones de romances como la *Adosinda* y el *Bernal-Frances*, son sin duda lo mejor de la poesía lusitana moderna.

De los escasos y no muy aprovechados discípulos de Almeida-Garrett, así como de los historiadores, novelistas, poetas y críticos que aun viven, apuntaré algo en otra carta, ya que esta se va dilatando más de lo que pensaba. Y lo peor fuera que pareciese á V. y á los lectores de LA TERTULIA un conjunto de especies inconexas y mal hiladas, impertinentes algunas y de poco agradable lectura. Razon tendrán ustedes

en formar este juicio; pero ¿cómo ha de ser? no me decido á romper lo escrito y hacerlo de nuevo. Conozco que ha salido disertacion pedantesca lo que debió ser amena epístola. En último caso, promete enmienda, porque á todo se allana este su amigo devotísimo

M. MENENDEZ Y PELAYO.

LAS CABEZAS DEL SERRALLO.

TRADUCCION DE VICTOR HUGO.

O horrible! O horrible! most horrible!

SHAKSPEARE.—HAMLET.

I.

La bóveda del cielo, tachonado
de astros mil que en los aires centellean,
del mar fosforescente se miraba
en la sombría superficie tersa;
de la alegre Stambul la sien ceñía
la noche oscura con sus tocas negras,
y al verla reclinada blandamente
del golfo que la ciñe en las riberas,
entre las luces fúlgidas del cielo
y los reflejos de las aguas quietas,
parecía dormir, como ángel puro,
en un globo formado por estrellas.

Ante su imágen seductora y vaga,
escitada tal vez la fantasía
en la ciudad creyera, que en los aires
de la noche los Génios edifican,
al ver de sus harenes los contornos
—del fastidio y la cruel melancolía
triste mansion—y los azules techos
como el cielo de luz que los cobija,

y las cien medias lunas que coronan
de las redondas cúpulas la cima,
y en sus reflejos imitar parecen
la suave luz con que la luna brilla.

Los ojos distinguían en las sombras
del ancha torre los contornos altos,
de las mezquitas las agudas flechas,
y de las casas los terrados planos;
los moriscos balcones espaciosos
con árabes dibujos recortados;
los cristales que pintan sus ventanas
de cautas celosías al amparo;
los palacios de azul y oro vestidos,
y sus altivos techos coronados
por grupos de palmeras tembladoras
cual gigantes y espléndidos penachos.

Los esbeltos y blancos minaretes,
con sus leves agujas elegantes,
parecen lanzas de marfil bruñido,
armadas con el hierro de combate.
Allá pintados kioskos se destacan;
luminosos y móviles fanales;
y sobre el viejo techo del serrallo,
que por sus altos muros sobresale,
cien cúpulas de estaño, que en las sombras
brillan como cien cascos de gigante.

II.

El Serrallo!... Esta noche
conmovía el placer su estenso espacio:
sobre la blanda alfombra, que cubría
el arabesco suelo del palacio,
y bajo el rico artesonado de oro,
al compás de la alegre algaravía
de sonoras panderas,
haciendo á un tiempo con sus voces coro,
bailaban á porfía
las sultanas cual locas bayaderas;
y cual rey ostentoso,
que, en fiesta cortesana,
con sus mejores joyas se engalana,
soberbio se mostraba, como emblema
del poder soberano,
con miles de cabezas por diadema,
cortadas á este fin del tronco humano.

Lívidas, estinguida
en la opaca pupila la mirada,
la negra cabellera enmarañada,
seis mil cabezas, que en la humana vida
de ideas tuvo el pensamiento llenas,
de las récias almenas
en espantable fila sobre el muro,
la terraza florida coronaban
en que alegres malices ostentaban
la blanca rosa con el lirio puro.
Triste, cual tierno amigo,
y como él á la par consoladora,
la blanca luna, el astro de los muertos,
confidente de lúgubres dolores,
aquellos rostros yertos,
que cubre palidez aterradora,
bañaba con sus pálidos fulgores.

Dominando el Serrallo, tres de aquellas,
de faz noble, espresiva,
en la puerta fatal las líneas bellas
marcaban ¡ay! de la oriental ojiva.
Estas nobles cabezas, que batía
negro cuervo con ala poderosa
de su voraz deseo al grito bronco,
que fueron separadas de su tronco
en muy diversos lances parecía:
una entregada á la oracion piadosa;
otra en sangrienta lid, cuando estridente
el hueco hierro por los aires zumba;
y la otra arrebatada
por torpe mano airada
al sagrado reposo de la tumba.

Mientras que el taciturno,
morisco centinela
velaba en las murallas indolente,
el silencio nocturno
de la callada vela
las tres bocas rompieron de repente;
y su voz parecía,
al despertar los solitarios ecos,
los cantos vagos de sonidos huecos
que en el sueño hace oír la fantasía:
ó el blando susurrar con que en la arena
muere la onda marina apaciguada,
ó con que el aura entre las hojas suena
al dormirse prendida en la enramada.

III.

LA PRIMERA VOZ.

Dónde estoy?... Mi brulote! al remo y á la vela!
hermanos, Misonlonhgi, cuyo sufrir revela
el humo del incendio que empaña al claro sol,
reclama nuestro amparo y auxilio generoso
contra el infiel, que ataca su muro glorioso
á impulsos de un infando, satánico furor.

Batidos sus bajeles al mar vuelven la quilla,
huyendo desoladas á la lejana orilla
do espera entre placeres su triunfo Mahamud.
Y en medio del combate, el brillo de mi tea
hermoso faro amigo para vosotros sea,
del rayo para ellos la fulminante luz.

Adios, bella Corinto, con tu alto promontorio,
del mundo en los anales encarecido emporio;
adios, altivas rocas del celebrado mar,
de históricas memorias por todas partes lleno,
que quiebra en arrecifes el cristalino seno,
los ásperos granitos sus ondas al besar.

Adios, hermosas islas de eterna primavera,
que en dulces tintas baña de la celeste esfera
con lúcidos reflejos el plácido color;
cestillos por el día de matizadas flores,
y cuando el sol apaga sus vívidos fulgores
embriagadores vasos de perfumado olor.

Adios, Hydra gloriosa, altiva pátria mia,
Esparta renovada, que en cantos de alegría
al mundo le revelas tu jóven libertad;
los mástiles y vergas ocultan tus murallas,
ciudad de marineros, ajena á las batallas,
creada á las tranquilas faenas de la paz.

Yo adoro tu isla hermosa, en cuyo espacio breve,
si vence mis esfuerzos el musulman aleva,
en la ocasion extrema nuestra esperanza está;
yo adoro tus fecundas, bellísimas praderas,
que bañan las espumas; tus rocas altaneras,
batidas por el rayo, minadas por la mar.

Hermanos, si la suerte me vuelve á mis hogares
salvada Misolonghi, de Cristo los altares
en nuevo templo augusto habremos de elevar.
Mas si en contrario lance, la malhadada suerte
cierra mis ojos lánguidos, en brazos de la muerte,
al sueño que en la tierra no tiene despertar.

Si en el combate rudo, á que mi fé se apresta,
de mis venas exhaustas la sangre que me resta
por causa tan preclara me toca ya verter;
cavad en tierra libre mi estrecha sepultura,
que sienta en mi sepulcro del sol de la cultura
y el sol del cielo aunados la viva luz arder.

Los turcos!... Misolonghi!... Lancemos, camaradas,
del fuerte los cañones, los buques de las radas,
y á pique el que enarbole la enseña del sultan.
Tened en los brulotes el fuego preparado;
si fijo en él mi planta, por su doble costado
las lenguas del incendio mi nombre aclamarán.

Victoria! amigos... Cielo! de fulminante bomba,
como en el aire rueda vertiginosa tromba,
el choque irresistible destruye mi bajel.
Al rudo golpe en trozos estalla la madera,
gira sobre sí mismo como la herida fiera,
y el piélago le absorbe que fuera su sostén.

En vano de mi boca salir la voz intenta,
cubierto por la ola, que sobre mí revienta,
le falta á mis acentos el aire en que vibrar.
Adios! hermanos míos, pedir me es necesario
á las marinas algas magnífico sudario,
de suave arena un lecho al fondo de la mar.

Mas no! De mis sentidos soy nuevamente dueño!
Despierto.... pero presa de inesplicable sueño!
La corba cimitarra no puedo ya blandir;
me falta el brazo fuerte, mil veces victorioso...
Qué es esto!.. Qué misterio!.. Quién es ese espantoso
fantasma que sombrío se eleva junto á mí.

Qué escucho allá á lo léjos?... Son voces de mujeres?
Son cantos armoniosos de sobrehumanos séres?
dulcísimo concierto de la eternal region?
Qué suaves armonías! Descansa mi cabeza
del cielo en las estancias de perenal belleza?
La sangre corre.... cielos!... en el Serrallo estoy.

IV.

LA SEGUNDA VOZ.

Sí, Canaris, del lúbrico Serrallo
el negro muro ves, y sobre él puesta
mi cabeza al sepulcro arrebatada
para adornar esta nefanda fiesta.

Del turco vil el odio inestinguible
mis restos persiguió dentro mi tumba,
y del sagrado asilo el breve espacio
al golpe cruel de su azadon retumba.

Mis descarnados huesos por despojos
tiene el sultan de la mayor valía:
y hé aquí de Botzaris lo que le deja
voraz gusano de la tumba fría!

Oye: en el fondo del sepulcro, yerto
yacía mi cadáver, cuando escucho
«Misolonghi sucumbe!» é incorporado
entre las sombras del sepulcro lucho.

Oigo del bronce el estampido horrendo,
los formidables gritos del combate,
el choque de las armas, y hasta el ruido
del presuroso andar que el suelo bate.

Entre el fragor de la sangrienta liza
estas voces llegaron á mi oído:
«Sombra de Botzaris, del turco infame
defiende hoy más al griego desvalido!»

Y con afán luchando en las tinieblas,
la cárcel por romper que me sofoca,
el débil esqueleto descarnado
pedazos hice en la marmórea roca.

De pronto, conmovida en sus cimientos,
arde la tierra y con furor estalla
cual estenso volcan incandescente...
Todo en el mundo de los vivos calla.

Y mis ojos sin luz, por un prodigio
del otro mundo al existir se abrieron,
y ver lograron lo que nunca vivos
ojos mortales por sí mismos vieron.

De la tierra, del mar, del seno ardiente
de la llama encendida, en raudo vuelo
miles de almas rodaban al abismo
ó se elevaban fúlgidas al Cielo!

Ebrió el feroz Muslin con su victoria
registró de mi tumba el hueco brebe,
y mezcló mi cabeza con las vuestras
que profanara con su mano aleve.

Una y otras, con torpe indiferencia,
del tártaro en el saco de campaña,
en confuso monton, cual vil escoria,
guardó al desprecio su implacable saña.

Mi cuerpo, sin cabeza al golpe rudo,
se estremeció con férvida alegría,
por la Cruz Santa y mi querida Grecia
morir segunda vez me parecía.

Sobre la tierra, amigo, en este espacio
concluye nuestro mísero destino.
Vil esclama Stambul, la cruel matanza
alegre fiesta á celebrar previno.

En el Serrallo las cabezas fijas
á que el pueblo con burlas las denigre,
las iras sacian del sultan proterbo,
émulo digno del sangriento tigre!

Hé aquí en torno, Canaris, nuestros héroes!
Costas, de las legiones palicaras;
Christo, del monte Olimpo procedente;
con Hellas, de las márgenes Icaras.

Kitzos, de Byron inmortal amado;
y ese hijo de los montes, Mayer fiel,
que á los nietos del bravo Trasibulo
llevó la flecha de Guillermo Tell!

Esos otros cadáveres sin cuento
de vario origen é ignoradas gentes,
que en nuestras mudas filas hoy confunden
sus frentes viles entre heróicas frentes,

Son hijos de Satan, turcos nacidos
de servidumbre vil á la aspereza;
rebaño oscuro, cuya vida pende
de que el sultan no pida una cabeza.

Al Minotauro igual de nuestros padres,
en la horrenda guarida, entre despojos
de humanos séres, solo un hombre vive,
que al pueblo mira ante su faz de hinojos.

Los otros ¡ay! testigos de estas fiestas,
el cruel sicario de feroz mutismo,
el torpe eunuco y el idiota esclavo,
tan muertos son como lo estás tu mismo.

Qué horribles gritos el espacio llenan?...
Es la hora cruel de impúdicos placeres,

en que reclama su lascivia inmunda
nuestras hijas, hermanas y mujeres.

La casta flor de la virtud preciada
al soplo muere de su impuro aliento:
nuestras vírgenes hoy, mañana airado
nuestras cabezas hollará contento!

V.

LA TERCERA VOZ.

Hermanos míos, en tan crueles horas
José, Obispo, os saluda.
Misolonghi pasó! Su honor escuda
la resignada muerte
que huyendo el hambre y sus aterradoras
escenas de dolor, con alma fuerte,
se procuró indomable.
En su suprema y sin igual desgracia,
víctima formidable
para el turco inhumano,
á su verdugo encadenó á su suerte,
y con segura mano,
que afirma el bravo aliento que la inspira,
prendió por sí la vengadora pira.

Después de veinte días,
que se agitaba en crueles agonías
nuestra ciudad hambrienta,
«Venid, les dije con solemne acento,
»pueblo leal, soldados aguerridos!
»En medio del incruento
»cristiano sacrificio, como hermanos
»en la celeste mesa reunidos,
»recibid de mis manos
»el único alimento que nos resta,
»el pan que nutre el alma y la convierte,
»en ser ajeno á la terrena muerte,
»de Dios imagen que su luz la presta.»

Solemne comunión! Al ara santa
llegaba por la fé con firme planta
el moribundo hambriento:
el achacoso anciano ya sin vida;
el soldado andrajoso y macilento,
temible todavía al enemigo;
la esposa fiel, la vírgen aflijida;
y al cariñoso abrigo

del agotado seno de la madre,
que marchitó de la miseria el yugo,
el niño á que con sangre dá alimento
en vez de lácteo jugo!

Vino la noche triste, y á su amparo
dejaron la ciudad; pero ¡ay! el turco,
á favor de las sombras, sin reparo
abriendo con violencia
entre las ruinas y los muertos surco,
hasta mí penetró. La débil puerta
fué de mi iglesia á su furor abierta.
Sobre un trozo de altar, que me restaba,
con iníua fiereza
hizo rodar un sable mi cabeza...
Ignoro quien me hirió; porque rezaba.

Compadece á Mahamud, hermanos!
Nacido en la ley bárbara que erige
los reyes en tiranos,
de Dios y de los hombres le separa
el odiado poder porque se rige.
En sus cegados ojos
no penetra del cielo la luz clara.
Su corona fatal, blanco de enojos,
mal segura en sus sienes,
lleva en cada florón una cabeza,
de su poder como sangrientos rehenes:
y tal vez la crueldad, que es hoy su guía,
repugna de su pecho á la hidalguía!

El infeliz, sin tregua poseído
de un terror implacable,
en la infinita eternidad perdido
vé de su vida el tiempo irrevocable.
En su triste agonía,
nada para él distingue el claro día
de las sombras amigas de la noche.
Siempre el fastidio con su cruel reproche!
Semejante á los ídolos paganos,
sus esclavos le adoran desde lejos,
y el látigo, que agita entre sus manos
un spahi furibundo,
la adoración regula y los festejos.

Cuán distinta es, hermanos, vuestra suerte:
para vosotros el honor, la gloria;
vencidos en la tierra, de la historia
las páginas os libran de la muerte.
Dios os bendice en el Serrallo infausto.

Vuestras glorias no acaban con la vida:
vuestra cabeza herida
sin tumba que la dé blando reposo,
blason será de vuestra fama honroso,
y ese cuerpo sangriento
envidiado y perenne monumento!

Que el apóstata envidie sobre todo
vuestra gloria suprema!
Caiga de Dios terrible el anatema
sobre el falso cristiano, que en el lodo
de vil apostasía
manchó el agua sagrada,
que le abriera las puertas de la vida.
Ningun ángel espera su llegada
de Dios glorificado al santo seno;
su memoria en el cielo es maldecida;
y su nombre fatal, causa de agravios,
como mortal veneno
rechazarán los hombres de sus lábios.

Y tú, cristiana Europa,
escucha nuestras voces plañideras.
En un tiempo San Luis, en nuestra ayuda,
la distinguida tropa
de sus nobles condujo á estas riberas.
Un crimen es tu duda
que de Dios santo la justicia irrita.
Antes que el brazo sobre tí levante,
elige presurosa
entre Jesús y Omar; la cruz bendita
ó cimitarra odiosa;
la aureola de los santos ó el turbante.

VI.

Sí, Botzaris, Canaris; sí, José, sombras santas,
vuestros acentos graves, que ahogó la muerte ya,
Europa condolidada satisfará obligada,
y en vuestra frente el signo del santo Dios verá.

Y modulando juntas un canto expiatorio,
veráse á las dos Grecias su doble gloria unir
á los sangrientos restos de vuestra humana vida,
y sobre el arpa armónica unánimes decir:

« Vosotros sois los santos, vosotros los sublimes,
» valientes confesores, espíritus de Dios;

» vuestro potente brazo se señaló en la lidia,
» víctimas venerables de fraternal amor!

» Leónidas modernos, cuyo cadáver santo
» con manos miserables el odio profanó;
» hé aquí vuestro calvario, los que la sangre dísteis
» en pró de toda causa de noble abnegación!

» Ah! si la Europa entera, sumida en triste duelo
» ante la pura sangre que viera aquí verter,
» no sigue hasta el Serrallo la senda que sus gotas
» la marcan por camino de la honra y el deber;

» de Dios en la justicia, al par de nuevos males,
» remordimientos tristes el porvenir traerá.
» Marino, sacerdote, soldado beneméritos,
» los tres en nuestra iglesia tendreis un día altar.

» Que á vuestros hechos guarda la santa palma el Cielo,
» el mundo, los honores de la inmortalidad.
» Grupo, sin par sublime, de valerosos héroes!
» De mártires insignes preclara trinidad!

ADOLFO DE LA FUENTE.

LA PILA DE AGUA BENDITA

DE LA CATEDRAL DE SANTANDER.

Si el aspecto general que ofrece á vista del curioso el primer exámen de la Catedral de Santander, produce una impresión de estrañeza, sobre todo, por su estensa escalinata que, atravesando un robusto muro, conduce al claustro, no es menos profundo el efecto que ocasiona contemplar, apenas se traspasan los umbrales del gótico templo, un recuerdo vivísimo del gusto y estilo árabe.

Es, por cierto, singular á lo menos, hallar en una de aque-

llas iglesias construidas en los siglos medios, en parte edificios consagrados al culto, en parte fortalezas con almenaje y foso, que así servían para que el cristiano pudiera entregarse á las prácticas de su piadoso culto, como para que, empuñadas las armas, acudieran presurosos, dentro del recinto mismo, á la defensa de su hogar amenazado, es bien singular, repetimos, encontrar en la pila de agua bendita, inmediata á la puerta Norte, un resto de la época civilizadora y eminentemente artística de la dominación árabe.

¡Y cuán grandes horizontes descubre á la contemplación el aspecto de tan curioso objeto!

El coram sojuzgó nuestra patria á principios del siglo VIII, y por espacio de otros ocho resistieron sus sectarios las tentativas de los españoles ansiosos de recobrar la justa posesión del suelo donde descansaban las cenizas de sus padres.

Los árabes, aquel pueblo de pastores desprovisto de toda cultura y tan escaso de necesidades como desdeñoso de investigar medios para satisfacerlos, aquel pueblo que se cobijaba en su vida errante y nómada bajo sencillas tiendas de campaña, llegó después de largos años de aprendizaje, merced á la influencia de algunos sábios califas que protegieron el desenvolvimiento de las ciencias, las artes y las letras, á poblar la España de maravillosos monumentos arquitectónicos que parecen contruidos por fantásticos géneos.

No dejó también de hacerse sentir en el desarrollo de su arquitectura el impulso de la bizantina, sobre todo en nuestra patria, donde tuvieron que habilitar para los ritos del islamismo las iglesias cristianas de aquel estilo, que cayeron en su poder al verificarse la invasión.

Pero es lo cierto que pronto el carácter ardiente de aquellos pueblos imprimió á su arquitectura un sello propio, exclusivo y determinado; y entonces apareció aquel lujo de ornamentación que llegó á cubrir con sus multiplicados adornos las paredes, bóvedas y miembros arquitectónicos, haciendo parecer á sus palacios como primorosas grutas de estalactitas, ó estrañas y maravillosas mansiones de hadas.

Es evidente que la poderosa imaginación oriental fuertemente impresionada por la suavidad del clima de España y por el continuo trato con los vencidos había de cambiar de naturaleza, cediendo el paso los hábitos de guerra y fiereza, propios del pueblo indómito y salvaje, á la inclinación á los goces intelectuales, lo cual había de producir, como produjo, una cultura refinada y un centro de civilización, que contrastaba notablemente con la barbarie aun dominante en el centro y norte de Europa.

Y tales adelantos se obtenían apesar del estado general del

país, perturbado con hondas divisiones intestinas y alterado por los constantes esfuerzos de los naturales, que agrupados en torno de la sacrosanta bandera que Pelayo enarbolara en Covadonga, luchaban ansiosos en favor de libertad é independencia tan deseada, sin dar á sus afanes trégua ni descanso.

Pues bien, de esta época tan notable en nuestra historia pátria, es recuerdo el vaso que hoy sirve de pila de agua bendita en la Catedral de Santander.

De dónde puede haber provenido, quién la haya destinado á tan sagrado objeto, hé aquí dos cuestiones que permanecen sumidas en el más profundo misterio.

El Sr. Escalante (1) supone que acaso un soldado valeroso pudo ser portador de la piedra que fué pila de surtidor en algun ajarafé sevillano, encareciendo hoy las musulmicas frases en su alrededor grabadas, la virtud del agua consagrada que purifica y lava el corazon.

El Sr. Martinez Mazas (2) dice «que está junto á la puerta del Norte; que es bien extraño en un país á donde no llegan los moros.» Añade tambien, al hablar de la inscripcion, que «su declaracion se ajusta muy bien á el fin, para que fué destinada la dicha piedra; y algun cantero inteligente en aquella lengua y de los que trabajaban seiscientos años hace en esta iglesia, quiso, sin duda, dejarnos este rasgo de su habilidad; y acaso en lo que está oculto de dicha piedra se notará el año ú otra cosa más importante.»

Y hé aquí cómo no es fácil formar acabado juicio respecto de un vaso que se presta á opiniones tan diversas y encontradas.

El Sr. Martinez Mazas, comprendiendo la dificultad que ofrecia el trasportar la piedra, puesto que los árabes no llegaron á dominar esta region, que fué una de las que más valientemente lucharon siempre en favor de su fé y de su independencia, consiguiendo que el poderoso enemigo no lograra asentar su avasalladora planta en esta noble tierra, pretende que pudo ser hecha aquí por algun obrero que quiso dejar esa muestra de su habilidad.

El Sr. Escalante, por el contrario, reconociendo en la piedra todos los caracteres del estilo árabe, pretende explicar su origen suponiéndola traída por algun montañés, amante de su pátria; tal vez alguno de los que concurrieron á la gloriosa conquista de Sevilla y quiso dejar ese recuerdo en la tierra que vió partir la famosa expedición que salida de este puerto habia de alcanzar tan portentosa victoria.

(1) *Costas y Montañas.*

(2) *Memorias antiguas y modernas del obispado de Santander.* M. S. fol.

Nosotros nos limitaremos pues, á describir esta curiosa piedra, dejando reservado á otro más docto la empresa de explicar cuál es su verdadero origen.

Es un vaso ó recipiente de mármol cuadrilongo, que mide dos piés y nueve pulgadas de largo, por uno y seis de ancho, con ocho pulgadas de alto. Al rededor ostenta una inscripción en árabe, cuyo testo ha dado lugar á distintas interpretaciones y también á no pequeños errores.

Entre estos puede mencionarse el que cometió D. Fernando Guerra de la Vega, Señor de Rioseco en la montaña, procurador general de la villa de Santander, Gobernador de sus armas y alcaide del castillo de Santa Cruz de la misma villa, quien en una obra que permanece inédita, y escribió hácia el año de 1658, asienta formalmente que los caracteres *cúficos* de la pila son hebreos. (1)

Bien es verdad que en una obra en la que el autor demuestra carecer de crítica y conocimiento de la antigüedad, no deben estrañarse semejantes equivocaciones.

No estaba más adelantado en esta clase de conocimientos Fr. Félix Giron, carmelita, contemporáneo á Guerra de la Vega, que dijo ser *siriaca* la inscripción y probarse mediante ella que los cántabros adoraban al verdadero Dios. (2)

Pero aun en las interpretaciones debidas á la pluma de escritores eruditos se hallan notables discordancias, si bien pueden ser suficientes para formar juicio respecto del primitivo destino de la piedra de que nos ocupamos.

Hé aquí dos de las más notables. Es la una debida al acreditado y erudito D. Miguel Casiri, bibliotecario que fué de S. M. y profesor de lengua árabe, el cual, sin saber dónde la pila se encontraba y sin noticia alguna antecedente, juzgó interpretación acertada la que sigue:

«Inscriptionis arabice interpretatio. M. Litera.—Vas, in
»quo aqua est, B. Litera.—Aquilegium in puritate ex argen-
»to albo elaboratum (Vas) an per similitudinem ex marmore
»albo) A. littera.—Erat bona, et clara dum..... aqua gelata.

»Fons erat marmorea in
»publicum usum erecta.»

El sábio orientalista D. Pascual Gayangos la tradujo de este modo:

«Yo soy un saltador (de agua) mecido por los vientos; mi
»cuerpo transparente como el cristal, está formado de blan-
»ca plata.

»Las ondas puras y fúlgidas (de un manantial) al encon-

(1) Elogios de Cantabria.

(2) Códice T. 116 de la Biblioteca Nacional. Al fin del libro de Guerra de la Vega.

» trarse en el fondo, temerosas de su propia sutileza y delgadez, pasan luego á formar un cuerpo sólido y congelado.»

Tal es la pila de agua bendita de la Catedral de Santander, quizá la única de estilo árabe destinada á tan sagrado objeto en una Catedral puramente gótica y siempre cristiana; contraste singular y que se presta á profundas reflexiones para el católico apenas cruza el umbral del solemne templo. Allí domina por todas partes la seriedad del arte cristiano en la armónica sencillez de la primera época del estilo gótico, pues las reformas y agregaciones posteriormente añadidas no han alterado el conjunto armonioso, severo y elegante que revisite el templo; ¡y allí á la puerta, en oscuro rincón, humillado vése un recuerdo de la dominación árabe arrojada de España por el valor de nuestros mayores, al grito mágico de *Religion y Pátria!*

EL MARQUÉS DE CASA-MENA.

EL AVERIGUADOR DE CANTABRIA.

41. ¿Qué libro fué el primero que se imprimió en Santander, y en qué época se dió á la estampa?

F.

Contestacion á la pregunta 12.

Rumen.—Esta palabra se halla en algunos manuscritos del siglo décimosesto, y significa *fila ó hilera*, como lo hace evidente el que cuando se hizo la capilla mayor de la iglesia de Latas por que el pueblo ayudó y favoreció.... se les dió y concedió el primer *Rumen* de sepulturas pegado con la *Rexa* de parez á parez, para que sean señores de ellas, ellos y quien de ellos viniere, con tal que al tiempo que se cabaren y hicieren las sepulturas de dicho primer *Rumen*, dadas á los dichos vecinos peguen y caben las dichas sepulturas... lo mas

que puedan de manera que dejen hácia el altar cuanto mas largo pudieren.

En los libros de finados de los siglos XVI y XVII, especialmente en los de Trasmiera, se designa con los nombres de *primero ó segundo rumen de sepulturas* el lugar más ó menos preferente en que se daba tierra á los cadáveres.

E. P.

SECCION BIBLIOGRÁFICA.

ESTUDIOS CRÍTICOS SOBRE ESCRITORES MONTAÑESES, por D. MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO, doctor en filosofía y letras.—Tomo I.—*Trueba y Cosío*.—Santander.—Imprenta y litografía de Telesforo Martinez.—1876.

Mostrar el juicio antes que el bozo; acreditarse de sábio no habiéndose aun despedido de escolar; apurar la erudicion sin consumir los años; adelantarse al tiempo sin saltar edades ni abreviar la vida; dar el fruto á par con la flor; hacerse el pensamiento con la seguridad y firmeza y sazón de su virilidad y madurez en medio de las lozanías y calor de su primavera; tener de hombre el ánimo y la cordura, los propósitos y el discurso, conservando de niño el corazón y su nobleza y sus ambiciones y sus abandonos, si no es señaladísimos favor de la Providencia, merece tenerse por asombroso esfuerzo y raro testimonio del poder desconocido de la naturaleza.

Tan niño es el autor del notable libro de que voy á dar rapidísima cuenta, que el Don antepuesto á su nombre suena á cosa poco formal y de juego en boca de quien delante de él lleva andada la parte mayor en los caminos de la vida. Y tan hombre aparece en lo sesudo y ajustado de sus opiniones, en lo certero y profundo de sus fallos, en lo vasto de su lectura, en lo selecto y rico de su erudicion, que si deja algo que

decir en las materias que toca, asienta lo dicho sobre tales cimientos y con firmeza tanta, que espanta toda idea de contradicción y duda de parte de quien no presuma de doctísimo humanista, quedando á lo sumo al lector la tarea ó el gusto de arrimar á tan buena sombra sus reflexiones propias, sus investigaciones y sus noticias.

No habrá español tan nuevo en la historia del movimiento literario contemporáneo que ignore el nombre de Marcelino Menéndez y Pelayo. Pusiéronle, meses hace, en luz sus triunfos académicos y el haber recibido de manos del rey, no mas viejo que él, D. Alfonso XII, en acto público y solemnísimo, la sancion de sus aprovechadas fatigas y la palma gloriosa de sus rápidos y escelentes estudios.

Trabajos de varia crítica publicados en periódicos y revistas, habíale de antemano ganado la afición de los curiosos que notaron con asombro la precoz seriedad y limpieza del estilo, la sana casta de las ideas, el buen método y calma y ordenado proceder de los razonamientos.

Ahora solicita la atención de cuantos saben leer con un libro, primero de una série de *Estudios críticos sobre escritores montañeses*, destinado á resucitar la muerta memoria de un autor al cual las vicisitudes de los tiempos, lances de fortuna y la agitación y movimiento de la historia contemporánea, con más el hado particular que á los escritores como á sus libros acompaña y rige su vida y los levanta á inmerecidos cielos ó los sume en menos merecidas tinieblas, condenaron á lamentable suerte, á la de ser extranjero en esta dulce patria de las patrias letras, en esta España del ingénio y de la lengua castellana, cuyo halago es más grato de sentir, cuyo amor es acaso más saludable al corazón, más necesario al alma que el amoroso y halagüeño ambiente de la casa solar y la nativa tierra.

Fueron sus nombres, *Telesforo Trueba y Cosío*; su patria Santander; su linaje claro; su generación, aquella de primeros del siglo, harto niña para hacer armas contra el francés, entrada en la adolescencia al calor de las esperanzas florecidas en Cádiz y agostadas en Valencia, y en cuyo renuevo, prosecucion y logro se empeñó con tan ciego ímpetu, varia fortuna y dudoso agüero, como sus predecesores se habian empeñado en la conservacion y defensa de la independencia de la patria. De ahí guerras intestinas, sangre vertida, suplicios, proscripciones, lástimas y miserias sin cuento.

La proscripción llevó de nuevo á Trueba á donde antes le habian llevado su gusto propio ó la voluntad superior de los que en su crianza entendieron: á Inglaterra. Temprano habia dado prácticas señales de afición á las letras y de buenas dis-

posiciones para cultivarlas. Menendez examina estas obras y atinadamente las declara apreciables como anuncios de un ingenio laborioso y resuelto que se prepara á empresas de mayor cuidado y lucimiento. Vocacion de dramático parecia la del jóven santanderino en estos proemios de su carrera literaria, y no fueron desmentidos, puesto que ya entrado en pleno goce de la publicidad y dueño de un nombre, probó con fortuna las tablas en Lóndres, arrancando aplausos al público mimado y soberbio hecho á batir palmas en honra de Shakspeare y Sheridan.

Pero aunque fácil y abundante, no era la vena cómica la más espontánea y rica de su organismo literario. Reinaba por entonces en los dominios de la imaginacion, teniendo á su merced el universo leyente, uno de los más hábiles y poderosos magos á quienes enseñó naturaleza el arte de evocar y hacer vivir generaciones muertas, levantar ruinas, poblar soledades, dar voz á lo mudo, voluntad á lo inerte, interrogar á los despojos de remotos siglos y hacer que á su curiosidad respondieran, aprendiendo de la espada rota en cuál batalla ganó sus mellas; del borrado libro, á cuál cerebro dió luz y á cuál corazon inquietudes; de la herramienta desconocida, los usos é industrias en que sirvió al hombre; del apollado mueble, qué secretos encerró, qué vanidades lisonjeaba, qué necesidades entretenía; de la deslucida y harapienta tela, las desnudeces que disimuló y las maldades ó las virtudes que vistiera; de la desbaratada joya, el lujo de que fué instrumento y cómplice; del cantar antiguo, los miedos que logró ahuyentar, las cóleras que supo encender, y de las leyes escritas, de las piedras labradas, del eco tenuísimo, sensible apenas, conservado en la memoria de la raza, los vicios y virtudes, las necesidades, las costumbres, el culto, el arte, la lengua; adivinando el modo de vivir del espíritu en la obra del entendimiento y el modo de vivir del cuerpo en la obra de las manos.

Cuanto era su poder, era su autoridad; no habia conocido resistencia, porque la resistencia nace de la voluntad, y las voluntades se empleaban en aguardar curiosas nuevos testimonios de sus artes, trocándose en impacencias cuando el plazo parecia largo, y en entusiasmo é idolatría, cada vez más ciegos, á cada repetida manifestacion de la novísima y afortunada poesía.

Era este mago Walter Scott. Multiplicábanse sus libros, derramándose por el mundo, ávidamente recibidos, sin agotar nunca la curiosidad, sin entibiar el fuego, sin despertar, como no fuera en ánimos huraños y melancólicos, el recelo de que la abundancia dañase á la calidad, y que para la glo-

ria ulterior y definitiva del poeta habia de ser más provechoso recogerse y ceñirse, sacrificando á la precision, á la verdad y á las proporciones naturales de la belleza, la facundia, riqueza y desarreglada soltura de su númen. Pero no hay que pedir al hombre, y menos al hombre privilegiado con algun don del alma superior y celeste, igual escelencia y alto dominio y vencimiento de las comunes flaquezas y pequeneces humanas en todos los casos y menesteres de la vida. Por mucho que sea sentencia de un español ilustre, hoy en posesion de la segunda dignidad de la pátria segun las modernas escuelas políticas templadas, que «el ingenio sirve para todo,» hay que limitar su sentido si no han de resultar sus aplicaciones falsas. Sirve el ingenio para todo aquello que es obra del entendimiento; pero el ingenio, á su vez, es arma y dócil instrumento de que á placer usa y se vale la voluntad; y la voluntad, si no es en alma de ángel, ni aun en pecho de estóico tiene bríos y crudeza suficientes para abstenerse ó despojarse de lo que de presente la seduce y lisonjea, en gracia de otro halago y premio porvenir y dudoso, siquiera más glorioso, sublime y duradero. Saboreaba Walter Scott los frutos copiosos de su trabajo; paladeaba con deleite su fama; bañábase en el ambiente de gloria en que vivia su nombre, traído en lenguas dentro y fuera de su pátria, y descuidado de lo futuro, ocupábase en cebar la ilusion y mantener el prestigio, dando sin treguas alimento al insaciable deseo de sus aficionados.

Aquella voz unánime y ardiente de la Gran Bretaña, orgullosa de su novelista; aquella mágia singular que de la rica pluma del escritor brotaba, sedujeron á Trueba, y dieron vado y guía á su fresco y animoso ingenio. Habia entre el montañés de Escocia y el montañés de Cantábría afinidades de origen. Parécense las cunas de ambos poetas, regiones una y otra de montes y aguas, ásperas y sombrías, de suelo pobre, desdeñoso cielo, angostas hoces, tormentoso mar, siniestas rocas, hondos bosques, inesploradas cimas, terror misterioso, padre de la supersticion y la conseja, razas suspicaces y belicosas, fuente de tradiciones y leyendas. No habia tenido vagar el cántabro para sentir, descubrir y aprender en la soledad y la meditacion, en las primeras penas, en los primeros amores y desengaños de la juventud, grandes maestros de escribir, la varia y generosa poesía esparcida, manifiesta ú oculta en las antiguas leyes, en las costumbres, las memorias y el paisaje sublime de su nativa pátria; pero abrigaba dentro de sí los gérmenes nativos del pátrio génio, gérmenes que con nosotros nacen y en nosotros existen, se desenvuelven y producen en direcciones varias, segun las

inclinaciones y modo de vida de cada uno, y en no poca parte de los hombres se esterilizan y mueren sin manifestarse ni dar sávia á una raíz y hojas á un tallo.

Puesto Trueba á seguir los caminos y soberano ejemplo de su maestro, ¿podrá negarse que aquellos gérmenes de cuyo existir no tenia nocion ni conciencia, obrasen en su ánimo inclinándole á elegir determinado asunto, lugar, fábula y personajes para un libro? No podia apartarse de la historia, porque en el sistema de Walter Scott da la historia el esqueleto y trabazon del artificio literario, el color de los tiempos, el compás de la accion, la medida de los caractéres y aventuras; no podia olvidar la naturaleza, maravilloso y predilecto fondo de los cuadros del insigne escocés, el cual con tanto amor y deleite se detiene á veces en detallarlos y pulirlos, en hacer correr sobre ellos, ya la luz, ya la sombra, menudeando sus bellezas, que parece olvidarse de que le aguardan sus héroes para hablar ó moverse, y con mayor impaciencia el lector, puesto en sus manos por la aficion ó el capricho. Habia luego de tomar sugeto ni del todo ignorado ni tan minuciosamente y por entero conocido que fuese vedada toda licencia al autor en su pintura y empleo, ponerle en ocasiones notables y ligar sus azares y suerte á la suerte y azares de pueblos famosos ó por su virtud, ó por su maldad, y las empresas acometidas ó cambios de fortuna que los hicieron temidos y memorables.

Los pobres anales de sus montañas, apenas conocidos y ménos por él probablemente estudiados, no le ayudaban á cumplir tantas obligaciones por su modelo impuestas; pero el libro espléndido de los grandes anales castellanos le ofrecia con creces cuanto necesitar pudiera para vencer y sobrepujar lo que imitaba, si Dios hubiese puesto en su alma aquel fuego soberano, inspiracion de sus escogidos, que, infundiéndose en la obra humana, la asegura del tiempo, haciendo de lo mortal y perecedero algo perdurablemente vivo que sea compañía, consolacion y entusiasmo perpétuo de la humanidad hasta el cabo de su peregrinacion dolorosa.—No era nacido Trueba á tan altos destinos.

El gran Calderon habia recogido de la tradicion popular el nombre y las aventuras de un caballero más ilustre por su perversidad y vicios que por su noble apellido, el cual, para hallar capa á sus delitos librando de la justicia de los Reyes Católicos, aquella justicia ejemplar de que dice su contemporáneo el cura de los Palacios «que aun los pequeños la lograbán,» huyóse á la Alpujarra.—Era á la sazón trabajado el fragoso terreno por el segundo rebelion de aquellos que tantas veces la ensangrentaron, encendiendo sérias y tenaces

guerras, admirablemente pintadas años adelante por su insigne historiador Mendoza: «Guerra al parecer tenida en » poco y liviana dentro de casa, mas fuera estimada y de gran » coyuntura, que en cuanto duró tuvo atentos y no sin esperanza los ánimos de príncipes amigos y enemigos, léjos y » cerca: primero cubierta y sobresanada, y al fin descubierta, parte con el miedo y la industria, y parte criada con el » arte y ambicion. La gente.... pocos á pocos junta, representada en forma de ejércitos: necesitada España á mover » sus fuerzas para atajar el fuego.... pelearse cada dia con » enemigos, frio, calor, hambre, falta de municiones, de aparejos en todas partes, daños nuevos, muertes á la continua....»

Tal teatro, tales dias, tales acaecimientos aprovechó Trueba para su novela *Gomez Arias ó los moriscos de la Alpujarra*. No anduvo acaso tan acertado en las alteraciones y uso de dichos elementos como en su eleccion. Pudo con mejor tino haberse acercado más á la perfeccion y escelencia, á que parece puesto en obligacion de pretender el hombre en cuanto intenta; pero tiene, si no en defensa, en satisfaccion de su obra, la absolucion y corona del éxito. Aceptáronla los ingleses, pidiéronla luego para sí otros pueblos de Europa, despertada su curiosidad y atento el ánimo á las cosas de España, unos por el ruido que nuestras discordias civiles y tenaz reñir intestino hacian en Europa, otros porque comenzaban á saber de nosotros, gracias al estudio y propagacion de nuestros grandes ingénios hechos cuidadosamente por germanos y bretones.

Menendez habla acertadísamente de todo esto. Con reposada y certera crítica trata este libro de Trueba, y luego las restantes obras suyas de igual índole: *El castellano ó el príncipe negro en España*, cuento de especial interés para los ingleses, las *Leyendas históricas españolas*, y más adelante otras de menor cuantía y carácter diverso.

Ni el pátrio amor le ciega, ni el cariño á su trabajo le extravía; vé en su justa proporcion las cosas, y no las desenchaja ni tuerce por afan de atribuirles usurpada importancia. Busca los orígenes, analiza y discute la buena ó mala eleccion de los elementos, el tino ó desmaña en aprovecharlos, ya cuales son en sí, ya disfrazados ó compuestos al tenor de las necesidades y circunstancias, compara las obras análogas y pide á los testimonios de la crítica contemporánea la razon del aplauso ó la indiferencia, hace, en suma, asistir al lector al génesis de la obra, á su nacimiento y á sus destinos en la vida, trazando un cuadro minucioso y cabal dentro de las proporciones de antemano resueltas, de la vida, del gusto,

del movimiento literarios en los años que abraza la vida útil del poeta desde su ensayo primero, hasta el bosquejo, cuya ejecucion decisiva y final estorbaran afanes de otra especie ó la muerte.

Quedóle por hacer á Trueba alguna cosa de importancia para su memoria entre españoles, si secundaria en absoluto para su entidad literaria; la de poner al servicio de la lengua patria la buena sazon de su ingénio, como habia puesto sus primicias y tanteos juveniles. Habíase desnaturalizado de la pátria, y la pátria le olvidó, y le olvidó hasta desconocerle. Su nombre, como nombre de poeta, suena hoy á estraño y nuevo en aquellas mismas tierras donde viven y moran gentes que le conocieron y trataron, y para el número mayor de sus compatricios el libro de Menendez ha de ser una revelacion completa. No es este el menor de sus merecimientos. Traer á la gloria colectiva de la pátria aquellos átomos perdidos de gloria que en las nieblas de los siglos quedan oscurecidos, visibles solo á quien por favor del cielo sabe henderlas y penetrarlas, es amarla y servirla, mostrarse hijo celoso y bueno y ganar derechos á una parte de aquella misma gloria.

Si Trueba empleara en penetrar y hacer suyos los secretos y oscuridades de su lengua pátria, la perseverancia y estudio gastados en dominar la lengua inglesa, dejara sin duda tal muestra de sí que hoy sirviera á su vez de modelo, y la dulce leccion de la costumbre hiciera á los españoles repetir y recordar su nombre.

Escribir en lengua estraña por grande señorío que de ella se tenga, por suelta que la mano corra, por gallarda y airoosamente que el concepto y la frase se forjen y enlacen, se desenvuelvan y pulan, no es al cabo sino traducir. No hay lengua aprendida en libros ó áulas que valga lo que la lengua aprendida en el regazo materno. La lengua del alma es la lengua nativa, la que habla con Dios sin emplear palabras. Ni la conciencia acusa, ni el corazon se queja, ni la esperanza clama, ni la razon discurre sino en aquella lengua de los primeros años, oída á medias, á medias adivinada, nacida en no poca parte dentro de la naturaleza misma, engendada por la necesidad, modelada por el oido, música del alma tan personal y única, que con obedecer á leyes comunes y contenerse dentro de un caudal limitado es tan varia y rica que parece distinta en cada sugeto, vibrada á compás de sus instintos, de sus pasiones, de los fuegos diversos que le encienden, agitan y gobiernan. Y los libros se hacen con el corazon y la conciencia, con la razon y la esperanza, y tanto la sensacion como la idea, la aspiracion como el pensamiento, si

pierden su flor primera de vida, su esencia purísima de origen habiendo de pasar á otra lengua escrita de la lengua informe en que nacieron, grandes alteraciones y quiebras han de tener cuando sobre este paso y trasformacion hayan de padecer nueva trasformacion y paso de la lengua en que fueron escritos á aquella en que habrán de imprimirse y correr por el mundo.

No es esto contradecir ni regatear su valor y mérito á los que en tales empeños usan las generosas fuerzas de su espíritu. Es únicamente comparar lo posible con lo real, deduciendo consecuencias probables de datos positivos, habidas en cuenta las obligaciones que la pátria y el nacimiento imponen. La deuda mayor es la de los de la lengua en que se hace famoso un libro al extranjero autor que por ella desdeñó la propia.

Cuéntase de diestros classicistas forjadores de versos griegos y latinos, y que los hicieron pasar por obra de escritores antiguos, prevaleciendo el engaño mientras no lo deshizo la confesion de sus mismos tracistas: ¿es posible igual error en prosa y en obras de vasta estension?

Jamás confundirán ojos espertos la lengua de los insignes humanistas del renacimiento, de Vives y Sepúlveda, de Lipsio y Erasmo, con la de los grandes latinos romanos, y eso que aquellos admirables escritores tenian á su disposicion número más grande de recursos, poseyendo juntas á la vez las elegancias, sutilezas y primores de cada uno de sus modelos. Pero acaso esta ventaja aparente mata en ellos la manera distinta y parcial de cada uno, imprimiendo carácter uniforme y monótono á su estilo.

Sin embargo, el sabor neolatino que se advierte—y no se descuida Menendez de advertirlo—en la castiza prosa inglesa de Trueba, proviene quizás tanto como de instintivas reminiscencias de la lengua pátria, de la lectura asídua de escritores de aquella otra lengua en que intentaba sobresalir. Úsase comunmente estudiar un idioma extranjero en sus clásicos, donde se toma siempre lo más acentuado y característico y menos usual en voces y giros, por donde, poniendo sello de legitimidad y casta á lo que imitándolos se escribe, se pone de manifesto su procedencia de extraño origen. Un extranjero que aprende el castellano en nuestros autores del siglo de oro, escribe hoy acercándose más al estilo de Granada y Quevedo, que un buen hablita moderno; á este pertenecerá, sin embargo, el magisterio de la lengua, no pasando el otro de alumno más ó ménos aprovechado y brillante.

En los ilustres ingleses, á donde probablemente acudiría en sus estudios Trueba, son comunes las huellas de influjos

meridionales sobre la índole austera, rígida y pobre de su nativo idioma. Proviene de semillas que los vientos de la civilización llevaron en determinados siglos de la cuenca mediterránea hacia los climas del Norte. Hállanse en Shakspeare, no faltan en Milton, abundan en los escritores desmazalados y tñbios de tiempos de la reina Ana, esmaltan el clásico Pope que hizo inglesas las joyas horacianas y los atildados hexámetros de Estacio, nos aclaran el testo de Richardson y Fielding, se hacen notar en Smollet, versado en nuestros libros y traductor de Cervantes; pero adelantándose la edad moderna, menguan, desapareciendo casi en los contemporáneos, cuando la lengua, trabajada por generaciones de escritores escelentes, se basta á sí misma; viniendo á ser acaso Byron el ingénio más sajón y limpio de ellos, á pesar del maravilloso dominio del italiano manifiesto en su insuperable traducción de la Francesca de Dante, y el más cerrado acaso á tentativas de traductores castellanos, con ser de los que más poderosamente tientan y convidan á la ingrata y dificultosa empresa.

En resolucion: ha tenido Trueba quien con raro lucimiento vuelva por su fama y restaure su nombre. No es dicha lograda por todos cuantos dan su vida á las letras, ni se dirá que recelos y codicia de suerte igual hayan movido al autor de tan generosa y patriótica obra. No necesitará Menendez que, andando los años, un bibliófilo cántabro resucite su nombre en sus escritos. Los aseguran de la muerte y del olvido el arte esquisito de su erudicion, la vida palpitante y densa de su estilo. Aguárdanle para ocasion de ejercitarlos una y otra vez y con éxito más grande cada dia, asuntos varios á que le llaman su afán de saber y sus patrióticos alientos, así como la opinion de la Montaña aguarda los libros que siguiendo á este primero han de completar la série de estudios críticos sobre escritores montañeses, para confirmar en quien tamaña ilustracion la trae el título de hijo esclarecido suyo.

JUAN GARCÍA.

Obras que se hallan de venta en la Administracion de

LA TERTULIA.

La novela entre los latinos, tesis doctoral de D. Marcelino Menendez y Pelayo.—Santander, 1875.—Precio, 6 rs.

Estudios críticos sobre escritores montañeses. 1.º Trueba y Cosío, por D. Marcelino Menendez y Pelayo. — Santander, 1876.—Precio 12 rs.

Escenas montañesas.—Coleccion de bosquejos de costumbres, por D. José María de Pereda.—Madrid, 1864.

Tipos y paisajes.—Segunda serie de *Escenas Montañesas*, por D. José María de Pereda. Madrid, 1871.

Costas y Montañas.—Libro de un caminante, por Juan García.—Madrid, 1871.

En la playa (acuarelas). *Marina*.—*Un cuento viejo*.—*Bromas y Veras*.—*A flor de agua*.—*La Luciérnaga*, por Juan García.—Madrid, 1873.

Del Manzanares al Darro.—(Relacion de viajes), por Juan García.

Del Ebro al Tiber.—Recuerdos, por Juan García.

Hijos ilustres de la provincia de Santander.—Estudios biográficos, por D. Enrique Leguina.—Un tomo, Madrid, 1875.

Obras de D. Benito Perez Galdós.

EPISODIOS NACIONALES.

Trafalgar (2.ª edicion).
La corte de Carlos IV (2.ª edicion).

El 19 de Marzo y el 2 de Mayo (2.ª edicion).

Bailén (2.ª edicion).

Napoleon en Chamartin.

Zaragoza (2.ª edicion).

Gerona.

Cádiz.

Juan Martin el Empecinado.

La batalla de los Arapiles.

El equipaje del rey José.

Memorias de un cortesano de 1815.

La segunda casaca.

El Grande Oriente.

En preparacion.

7 de Julio.

Los cien mil hijos de San Luis.

El terror de 1824.

Un voluntario realista.

Los apostólicos.

Un faccioso más y algunos frailes menos.

Precio de cada tomo, dos pesetas en toda España.

LA TERTULIA.

SEGUNDA ÉPOCA.

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

Se publica en Santander los días 1.^o y 15 de cada mes, en entregas de 32 páginas, de esmerada impresion.

Precio 4 rs. al mes, tanto en Santander como fuera, franco de porte.

Se suscribe en su Administracion, calle del Arcillero, número 1, piso 1.^o

L A T E R T U L I A .

(PRIMERA ÉPOCA.)

COLECCION

de artículos humorísticos, pensamientos poéticos, charadas, enigma-charadas, dobles enigmas, acertijos, logogrifos, rompe-cabezas y otros escesos,

POR

VARIOS INGENIOS MONTAÑESES.

Forma un tomo en 8.^o de 404 páginas de esmerada impresion.

Su precio 20 rs., y 12 rs. para los suscritores en Santander y 15 fuera, franco de porte certificado.

Los pedidos, al Administrador de La Tertulia, Arcillero, 1, principal.